

I. *IN MEMORIAM*



© Beatriz González | Naturaleza Sui Generis | Esmalte sobre lámina de metal ensamblado en bandeja de madera

| 108x128x10 cm | 1972



© Beatriz González | Ánimas benditas | Óleo sobre lienzo | 120x100 cm | 1967

EN MEMORIA DE PILAR GONZÁLEZ RIVERA

El lunes 8 de agosto, después del sepelio de Pilar, me llegó una y otra vez a la memoria una misma imagen que, obstinada, se abrió camino en medio del pesar por su muerte: Pilar riéndose a carcajadas por las tonterías que oía de sus colegas y que ella misma profería. Esas tonterías eran sorprendentes juegos de palabras, con los que de pronto se nos revelaba alguna verdad inobjetable, que entonces solíamos acoger con alegría. En ello, nuestra amiga y colega era fuente pródiga de revelaciones.

Durante varias décadas, un grupo de psicoanalistas nos reunimos para hacer un recorrido por los seminarios de Jacques Lacan. En un tránsito marcado por las sorpresas, desprovisto de afanes, también sin vacilaciones, año tras año, continuábamos en esta labor, acompañando nuestras exploraciones con viñetas clínicas, apuntes sobre la actualidad política, incontables agudezas, innumerables desmemorias:

—¡Pero si eso ya lo habíamos estudiado en el seminario 15!”.

También solíamos decirnos sinceras mediomentiras:

—¿Desde cuándo no entiende?

—¡Desde el seminario 1!”.

Pilar, quien disfrutaba mucho de esos encuentros en los que la confianza nos permitía un espacio abierto para chistes de variado tenor, nos decía también sus verdades de a puño, sus graciosas franquezas:

—¡Cuando hay confianza es un asco!”.

¡Y todos a reírnos con sus agudezas! Trasegando por los campos dispersos y sutilmente conectados de la teoría, la clínica y la vertiginosa actualidad, aparecían las palabras que animaban nuestros encuentros. La grata y serena lucidez de Pilar siempre estuvo presente alentando y dando un piso firme a las iniciativas que de allí surgieron. En esta conversación sostenida durante años, aparecieron muchas propuestas de asociaciones

de psicoanálisis en la ciudad, hasta llegar a *Analítica. Asociación de Psicoanálisis de Bogotá*, cuya fundación contó con el pilar de nuestra colega.

En los tiempos previos a la creación de *Analítica*, es decir, en los años de *Aldabón* —otra institución para nuestro oficio—, Pilar nos recibía en su apartamento de Usaquéen, donde también acogió a psicoanalistas que adelantaban con ella controles de los casos que atendían. En ese mismo lugar, ella recibía a sus pacientes. No fue por mera contingencia que el espacio íntimo y cuidadoso requerido para las presentaciones de caso, durante algún tiempo, haya sido justamente su apartamento. Allí nos sentimos siempre bien recibidos. En las presentaciones de caso, su palabra era precisa; su lectura desentrañaba los intrincados caminos del barroquismo inconsciente. Su formación y su recorrido fueron manantial de novedades, a veces salidas de lugares poco visitados, pero que ella recordaba con claridad. Por ejemplo, ninguno de nosotros tenía idea alguna de quién era Tomatis y la razón por la cual sus hallazgos podrían resultar de interés para los psicoanalistas. Entonces, Pilar nos instruía con claridad y sencillez. Desde luego, estaba advertida desde hacía mucho tiempo sobre el lugar del lenguaje en la determinación de los síntomas. Un primer trecho de ese camino, después de haberse graduado como psicóloga de la Universidad Nacional de Colombia, fue su formación en Logopedia en la Universidad de Lovaina, en Bélgica. Cuando regresó a Colombia se formó como psicoanalista en la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Después, en París VIII y en el Ámbito Madrileño de Psicoanálisis, tuvo ocasión de desplegar su interés por los aportes de Lacan a la teoría y a la práctica psicoanalítica.

Respecto de su labor clínica, nos contaba que uno de los primeros espacios en que trabajó fue el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, donde atendió niños con graves perturbaciones. Recordaba también que cuando supervisó a jóvenes practicantes de terapia les decía, respecto de sus melindres con algún catatónico que había comenzado a masturbarse en público, que, en vez de maniatarlo, podían entender esa manifestación como un indicio del despertar de un hombre que había permanecido medio muerto durante años. A Pilar le indignaban toda clase de correcciones y ortopedias que pasaran por la mordaza. Pude apreciar igualmente su compromiso indeclinable cuando se plantó, decidida, ante un andamiaje judicial obtuso, para hacer escuchar las manifestaciones sintomáticas de los traumas sexuales. Al respecto, Pilar ya tenía un largo recorrido examinando ese campo de relaciones entre el psicoanálisis y la criminología, tal como fue situado por Lacan. A partir de la recopilación de un material legal sobre el asesinato de la joven Hildegart Rodríguez Caballeira, traída al mundo, en 1914, por doña Aurora Rodríguez Caballeira, Pilar construyó el caso de esa madre criminal. Esta última era una mujer que había concebido tempranamente el anhelo de tener una muñequita de carne, engendrada para ser de su exclusiva

propiedad, propósito para el cual se había servido de un “colaborador fisiológico”. Cuando doña Aurora constató que su brillante hija se desmarcaba del proyecto que le había trazado, decidió matarla. Durante treinta años de indagación y construcción, Pilar siguió al pie de la letra las determinaciones del paso al acto de doña Aurora. El título de esa detallada investigación retoma las palabras de la parricida: “De parir son capaces todas las mujeres, de matar a sus hijos, no”. Así, Pilar nos enseñaba que el término parricidio es usado para designar no solo el asesinato del padre, sino el de cualquier familiar: ¡el genio de la lengua! Esta monografía psicoanalítica —tal es el subtítulo del libro— fue publicada en el 2005 y reeditada en el 2011, con la cuidadosa edición de Luis Bernardo López, quien fue amigo de Pilar durante muchos años. Su trabajo, como ella misma lo decía, era el de hilar. Sabía que en su nombre estaba la cifra de su oficio: p’hilar no solo en este libro...

Además de tener aguda oreja para escuchar el juego significativo en la determinación del padecimiento psíquico, contaba con una afortunada disposición para precisar su estructura más localizada: la letra. Ello, desde luego, no solo ocurría con sus trabajos clínicos y teóricos; también disfrutaba de hacer crucigramas, acertijos, rimas, juegos de palabras, chistes...

Hoy 12 de agosto, cuando avanzo en medio de los recuerdos, me acaba de llegar este mensaje del poeta Santiago Mutis: “Yo recuerdo a Pilar como si acabase de hacer una dulce e inteligente picardía... Digamos, sonriente”. En estos tiempos de redes sociales, nos llegaban sus saludos con muchas de estas agudezas, para renovar de tanto en tanto el manantial de las sonrisas.

Así que, en varios sentidos, Pilar fue una mujer de letras: no solo pesquisaba las letras del sufrimiento psíquico, también disfrutaba de sus otras disposiciones: con frecuencia nos contaba sobre sus lecturas de textos literarios. Anotaba las páginas de los libros donde se encontraba con asuntos de nuestro interés, de los que luego nos hacía partícipes. Así ocurrió con El libro de las quimeras de Emil Cioran, que un día me pasó, con una ficha donde estaban anotadas algunas páginas: 9, 10, 11... Voy al libro y leo: “Éxtasis musical. Siento como que pierdo la materia, que cae mi resistencia física y que me fundo en armonías y ascensiones de melodías interiores. Una sensación difusa y un sentimiento inefable me reducen a una indeterminada suma de vibraciones, de resonancias íntimas y de envolventes sonoridades”.

El primer texto que leí de Pilar fue uno que nos entregó a un grupo de estudiantes de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia, quienes a comienzos de los años ochenta editábamos la revista Psicología y sociedad. Desde entonces, Pilar nos enseñó sobre la enigmática conexión de la letra con el cuerpo. Era un bello escrito sobre la dislexia y su relación con la constitución especular del cuerpo. Fue una sorpresa,



una novedad, una puerta abierta, para los entonces jóvenes universitarios. Muchos años después, en el 2001, retomó el mismo asunto, con el primer tema que abordó la revista *Desde el Jardín de Freud*, que fue justamente la cuestión de la escritura. En ese momento, publicó su texto “Sobre la psicopatología de la escritura”. En uno de los tramos del artículo relaciona la segmentación de las palabras con la puntuación, tal como se utiliza en la práctica psicoanalítica. En efecto, un texto puede prestarse a diversas interpretaciones, dependiendo de las escansiones con que se lo marca: “Así, en el conocido texto ‘San Cayetano era un santo. Comía como vestía, pobremente. Dormía sobre una vieja estera. La vida de San Cayetano’...”. Enseguida, Pilar nos llevaba a continuar la lectura de manera moebiana, después de desplazar los signos de puntuación y cortar las palabras en ciertos lugares: “San Cayeta [:] no era un santo. Comía como bestia. ¡Pobre mente! Dormía sobre una vieja. Est’era la vida de San [Cayeta: no era un santo]...”. Concluye este recodo del texto con la siguiente puntualización: “Técnica que tanto humoristas como paranoicos y analistas utilizamos en idéntica forma, si bien con finalidades distintas...”.

El último escrito de Pilar fue una respuesta a la convocatoria número 23 de la misma revista que propuso, en febrero del 2022, un trabajo sobre las intrincadas relaciones del ser humano con los animales. Durante los primeros meses de ese año, escribió el artículo “En defensa de los más pequeños”. Allí nos entrega hallazgos inusitados sobre la forma como nos relacionamos con las criaturas más pequeñas: más pequeñas que un pececito de estanque, que un irisado colibrí, que una brevísima mariposa... Ya lo escucharán, ya lo leerán, para acompañarnos, en su ausencia, con sus palabras. Entre el primer texto mencionado y el último escrito, publicó varios artículos, incluidos los que presentó en el periódico *Ruana y Bordón*, creado por su esposo, Jorge Dussán, para la zona de Boyacá en las inmediaciones de Iza. Allí sus escritos transmitían con palabras claras, sencillas y directas las complejidades de la vida anímica. Los temas que trataba atendían a las manifestaciones que escuchaba con agudeza sobre la cotidianidad de la población campesina de la región. Más allá, Pilar tradujo numerosos textos del francés, para hacerlos circular en la comunidad analítica.

En este momento de duelo, quiero también evocar la forma como Pilar se apuraba en acoger y sostener los más mínimos indicios de vida: en la casa de campo que compartió con su esposo tenían estanques donde aparecían renacuajos, que ella cuidaba con alimento para peces. ¡Aparecían entonces las ranitas! Tenía, sin aprisionar, pajaritos que llegaban con la luz del día a saludarla: toc, toc, con el piquito... Quizá, con sus revoloteos escribían enigmas en el horizonte. En las mañanas, antes de que Jorge se despertara con el clarear de su día a las 10:00 a. m., Pilar ya había hecho una jornada de ejercicio con Mora y Luna, dos perritas, que ella amaba, consentía y curaba.

Les lanzaba, una y otra vez un objeto que en otro tiempo había sido una pelota; los animales se disputaban por llevarle el pedazo de balón a su ama. Era también una de las maneras en que Pilar hacía sus ejercicios matutinos antes de que cualquier otro ser humano estuviese de pie. Hace pocos meses, llegó a la finca un perrito maltrecho. Pilar lo recibió, lo llevó al veterinario, lo presentó a la vieja Mora y a la celosa Luna. Con el nombre que le pusieron, el perro había sido acogido en casa: “¡Se llamará Pascual!”. El andariego había llegado el lunes de Pascua. La proyectada permanencia del animal se convirtió en visita cuando, algunas semanas después, llegaron sus malencarados propietarios. Desde luego, esa gente no le hizo la menor gracia a Pilar: tuvo que entregarle su perro, sano, limpio, otra vez bello. No solo tuvo animales en la casa de campo, también cuidó un ajolote, alias “el monstruo”, en un acuario que tenía en su apartamento de Usaquén: un extraño bicho, que puede conservar sus rasgos de prematuridad y que, por ello, resulta tan próximo al ser humano: un prematuro que se reproduce...



Las últimas semanas de Pilar estuvieron acompañadas de recuerdos; también fueron atravesadas por la incertidumbre y por los malestares que acompañaron el tratamiento médico. Su paso por la unidad de cuidados intensivos le resultó invivible. Fue una experiencia que decidió nunca repetir. Habiendo salido de allí, y en plena lucidez, Pilar decidió detener la escalada anunciada por los médicos a cargo, para tratar las complicaciones que fueron apareciendo. Pilar supo defender la dignidad de la vida: la de los otros, la de los más extraños, la de los más pequeños... Y al final, la dignidad de su propia vida. Murió en la mañana del domingo 7 de agosto del 2022.

Estas notas dispersas que entrego para acompañarnos en nuestro duelo no han seguido ningún orden cronológico; han acudido siguiendo el hilo que sostiene el fundamento de mis recuerdos de Pilar. Ahora puedo decir que recordar es algo más que traer al presente las trazas de la memoria. Durante estos días, he sentido el limo antiguo y fecundo de la palabra recordar: re-cordar no es solo hacer memoria, es volver a pasar por el corazón.

BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO

Bogotá, del 8 al 21 de agosto del 2022

